

**Nieves Muriel  
García**

(Duoda. Centre  
de recerca de  
dones -UB)

**Mi madre y las lentejas.  
Recital de poesía española del siglo XX\***

Ayer me alivió escuchar decir a Pilar Babi que una de las cosas que a ella la calmaban era la poesía. Una de las cosas que a ella la ayudaban y la traían al mundo desde su práctica, que no tiene nada que ver con esta, era el leer poesía. Pensé que esto era como un anticipo a este cierre, a este broche y a estos postres que os traigo.

En mi tierra las cantaoras cantan de pie. Voy a tener que ponerme de pie aunque no sé cómo vamos a hacer con esto del micro.

Antes me preguntaban Susana y alguna que otra alumna que de dónde me venía este gusto por cantar y escuchar. Viene de mi casa. Viene de la cocina en la que me he criado entre mujeres, entre mujeres judías sefarditas, bereberes y cristianas y las propias mujeres de mi familia. Casi que me he alimentado y he crecido más de palabras. Soy de las que se le queman las ollas y los pucheros. Y lo digo con pudor entre mujeres, como decía Laura Mercader. A mí se me queman las ollas porque muchas veces estoy en otras, estoy con las palabras.

No sé cómo estáis de palabras, no sé cómo estáis de trabalenguas, a mí me gusta poder presentarme así. Y lo voy a hacer ahora, de viva voz, porque una me lo ha pedido. Quiero empezar con adivinanzas, con trabalenguas, quiero empezar con toda esta memoria que viene del tiempo y que viene de la madre.

Ayer le decía a otra compañera que la palabra es nuestra. Y es así, es así, sí. A mí me lo enseñó Duoda, lo aprendí aquí

\* Transcripción de Laura Mercader Amigó del recital/acción de Nieves Muriel García. No se han transcrito las breves intervenciones e incursiones de las mujeres del público por la mala calidad del audio. Todo el acto se puede visualizar en este enlace:  
<https://www.youtube.com/watch?v=g-AreXWYJJA&feature=youtu.be>.

en Barcelona, que es como venir a una cocina. La palabra es nuestra. Tiene tanto misterio como magia. Quise presentarme así a mi alumnado. La primera adivinanza dice:

Soy la mujer más mundana que en el mundo puede haber,  
Traigo tratos y contratos de Barcelona a Jaén.  
Siempre me quedo preñada y nunca llega mi mes.  
¿Qué es?  
[Silencio]

Estas artes de la oralidad son de las madres, de las abuelas... Yo me he criado escuchando adivinanzas. Esta ¿de dónde vendrá? ¿A quién se le ocurrió? ¿Cuál era el nombre de esta mujer que tuvo esta audacia, que casi parece mía y escrita por mí? Son las gracias del pensamiento, las gracias femeninas.

[La repite y se ríe]

¿Qué es? La palabra..., no. La poesía..., no. ¡La luna!  
[Aplausos]

Dice esta otra, que también me parece fascinante para entender cómo fuera de lo que los discursos dicen de las mujeres son las mujeres las que han enseñado la sexualidad. Incluso en la historia del patriarcado las madres, muchas madres, han enseñado la sexualidad a sus hijas en los pueblos con adivinanzas tan curiosas y tan divertidas como estas que yo escuchaba de niña. Estas son un poco verdes. ¿Puedo hacer adivinanzas verdes, Milagros? Yo lo pregunto a Milagros. Dice esta:

Medio palmo poco más,  
gusta como es menester.  
Se arma y se desarma  
en manos de una mujer.  
¿Qué es?  
[La repite]

Hay una alegoría en la adivinanza. El misterio de la alegoría es que nunca es lo que se dice, nunca es lo que parece. Es el abanico, el abanico...

[Aplausos]

Dice esta otra:

En ti me subo,  
en ti me meneo.  
La leche me traigo  
y el gusto te dejo.

[Risas]

Esta me la cantan las abuelas en las Alpujarras. Las abuelas octogenarias me cantan estas adivinanzas.

[La repite]

A ver... [Las mujeres del público van respondiendo sin acertar. Mientras Nieves la va repitiendo].

Dice otra:

Con el pico pica,  
con el culo aprieta.  
Y con que le cuelga  
tapa la grieta.

[Risas]

Nos ayuda a pensar en alegorías, nos ayuda a estar en ese reino de la alegoría. A abrir y cerrar cosas esta tarde.

[La repite de nuevo]

Ah, por supuesto no es lo que estáis pensando... [Todas ríen]. Es la astucia femenina. Fijaros cuánta inteligencia hay ¿no? A mí me abruma. Muchas veces he intentado hacer adivinanzas y no he podido. Me abruma esto. Porque es un arte y una sabiduría bien antigua, de origen materno. Todo el mundo reconoce que en los pueblos eran las mujeres las creadoras de adivinanzas, de tiempos que no sabemos. Mi cabeza no da para eso. Puedo hacer un poema,

pero me cuesta crear una adivinanza. Os invito a si os vienen.

*[Una mujer del público, a la que no se la oye bien, lanza una respuesta y Nieves resuelve el enigma de la adivinanza]*

En ti me subo,  
en ti me meneo.  
La leche me traigo  
y el gusto te dejo.  
¿Qué es?

¡Es la higuera!. Sabéis que cuando se cogen higos, las que vivimos en pueblos y a veces vamos a las higueras, pasa esto.

Como le decía a Elisa Varela, para mí fue muy importante estudiar con ella y acercarme a la oralidad, a pensar la oralidad desde otro sitio. Fue un inicio para mí, un nuevo inicio. Están las adivinanzas pero también están los trabalenguas, que son esas artes femeninas con las que las madres enseñan a sus criaturas a pronunciar bien las palabras. ¡Cuánto arte y cuánta sabiduría se encierran en los trabalenguas!

Dice esta, que me gusta mucho y le gusta mucho a mi sobrina:

¡Comadre, cómpreme un coco!  
¡Comadre, no como coco!,  
porque como poco coco como,  
poco coco compro.

¿A ver quién la repite? Hay que repetirla. Dice esta otra, que tiene mucho de coplilla y de trabalenguas, que mezcla las dos cosas y que le gusta mucho cantar a mi vecina Madalena:

No me mires que nos miran,  
nos miran que nos miramos,

miremos que no nos miren  
y cuando no nos miren  
nos miraremos,  
porque si nos miran  
que nos miramos  
descubrir pueden  
que nos amamos.  
[Aplausos]

¡Y lo bien que se aprende la “m”! Dice mi vecina Madalena que así se aprende a decir “mamá”. Pues sí, así se aprende a decir “mamá”.

Seguro que mañana os van a venir vuestros propios trabalenguas y vuestras adivinanzas de la infancia. Porque esto es como encender un carrete.

[*Recuerda una adivinanza anterior y la resuelve*]

[...]  
con el culo aprieta.  
Y con que le cuelga  
tapa la grieta.

Es la aguja de coser... ¿En qué estabais pensando? Fijaros qué sutileza ¿no? Esto solo se le podría ocurrir a una mujer. La manera de enseñar a las niñas y a los niños cómo se hacen las cosas y cómo pasan las cosas en la sexualidad sin hablar explícitamente de ellas pero hablando de ellas. Existen miles, existen cientos de adivinanzas que son desconcertantes y misteriosas, que vete a saber desde dónde se están cantando cuando se están cantando.

Cuando Laura me propuso traeros poemas que hablaran de la relación con la madre y con la cocina un abismo grande se abrió para mí porque es cierto que en la poesía del siglo XX he encontrado muchísimo de esta relación -que también ha sorprendido a las alumnas y a los alumnos de la asignatura del Máster. Muchísimo de esta relación que tiene que ver con la política primera. Pero hoy después

de escuchar a las compañeras, de escuchar todo lo que se ha traído a aquí, os traigo un ramo de poemas. Os traigo muchos poemas de poetas dispares y distintas que habitan la lengua de manera diferente, con experiencias diferentes, que a mí me parecen bellas.

Quise llamar a esto “Mi madre y las lentejas” porque -no sé qué relación tenéis vosotras con las lentejas-, pero no me parece casualidad que muchas mujeres hayan escrito sobre las lentejas. Muchas poetas del siglo XX han escrito a las lentejas; a las lentejas y a las plantas y a las flores. Vamos a empezar a bajar a esos pasillos de aquellas cocinas apartadas y subterráneas. Hay un poema de Rosa Díaz -una poeta singular que os recomiendo que leáis- que se llama “El caldero de la bruja Birgit” y dice así:

Bajando los pasillos  
trasegados de fámulos  
entro hasta la cocina  
y dispongo el caldero.

Llevo siglos cociendo  
todo el llanto del mundo.  
Cuando queden tres gotas  
las beberé al instante  
para que la tristeza  
no me mate los ojos.<sup>1</sup>

Dice este otro que se llama “Convite” y que es de Clara Janés, creo que una de las poetas más excelsas vivas ahora mismo en España, después de Juana Castro y María Victoria Atencia:

La menta y el espliego y el romero,  
el hinojo, la salvia, la ajedrea,  
el tomillo, la malva, el estragón,  
el anís estrellado y el poleo,  
la angélica y el boldo, la violeta,  
la ortiga y el llantén, la celedonia,

la maría luisa y la verbena,  
la tila, el azahar y la artemisa,  
la manzanilla, el brezo y la borraja,  
la amapola, el helenio, el malvavisco,  
y también la cicuta.<sup>2</sup>

Otra experiencia de la lengua popular es la de Alfonsa de la Torre, una de las poetas más importantes de la generación del 50, que dice así:

Yo soy la pastora  
de la zarzamora.  
La sacerdotisa  
de la yerbaluisa.  
La que por antojo  
se come el hinojo  
y mezcla verbena  
con la hierbabuena.

Yo soy la zagala  
de la hierba mala:  
con rito pagano  
arrojo el aciano  
en medio del fuego  
y parto el espliego...  
Y trenzo el lentisco  
con el malvavisco.

Yo soy la doncella  
de hierba centella:  
provoco los celos,  
hirviendo napelos  
consigo mimosas  
de las escabiosas  
o desato llantos  
con los amarantos.

¡Ay, la mejorana!  
¿Quién ciega a la rana?

¿quién sangra al cuclillo?  
Por el culantrillo  
o por el cantueso  
sé atraer el beso  
de la adolescente  
con nardo caliente.

Yo seré una lamia.  
Sembraré la infamia,  
urdiré el estrago  
con sangre de drágo.  
Seré la lobezna  
de la lechetrezna  
cebando medusas  
con leche de aethusas.

Seré la sanguina  
de lengua cervina,  
fulva sanguisorba  
que la vida sorba.  
Hilaré con ruecas  
de tibias resacas  
la nácar lunára  
de la dulcamara.

Yo soy la hechicera  
de la enredadera,  
de la serpentaria,  
de la pasionaria,  
de la cannabin  
a y de la sabina.  
¡Y del estramonio  
y engaño al demonio!<sup>3</sup>

Hay muchísima relación de las poetas con las plantas.  
Decía María Victoria Atencia hace unos años que ella  
cree que la diferencia de las poetas andaluzas y las poetas  
castellanas es que las andaluzas y las mediterráneas  
sabemos el nombre de las plantas, de las flores y de los

pájaros. Existen muchísimos poemas que recrean ese conocimiento en experiencia, femenino, de ir a los campos a trabajar y saber cuál es la botánica oculta.

Otra experiencia distinta es este poema que se llama “Arroz con gambas”. Es de la poeta Rosa Díaz, sevillana. Dice:

Ese olor que ahora mismo  
entra por la ventana,  
exactamente era el olor que había  
en la antecocina de la casa  
los días que la abuela  
guisaba arroz con gambas.

No sé si era el laurel  
o el azafrán en rama  
o el sofrito amoroso  
que sin prisa majaba  
el mortero. No sé  
pero es una punzada  
este olor, paraíso  
perdido que me habla  
como habla el membrillo,  
la canela y, en el mes  
de los muertos, las castañas.<sup>4</sup>

Elsa López, poeta amiga de Juana Castro y también excelsa, mucho menos conocida que Juana, dice esto desde Canarias:

Me rebujo en tu falda. Tu falda, abuela.  
Y vuelvo a entrar en la cocina y te veo calentar la  
leche, y luego te sigo  
mientras revuelves los tazones del gofio y oigo como  
te secas las manos en  
el delantal y me tomas la frente y la sombra de tu  
cuerpo me cubre con olor  
de platanera y de estanque.

Ahora, abuela, te has sentado para morir tranquila  
debajo de la orquídea en  
el sillón de hule. Los canteros geométricos inundan  
los barrancos.

Escaleras de plata descienden sobre el mar.

Te has reído mientras cruzas las manos sobre el  
vientre vacío,

y puedo volver a ver que en las tardes de otoño  
todavía aguardas el eco de las sirenas de los barcos  
que te traerán el nombre y el dolor de tus hijos.

Me rebujo en tu falda, abuela.

Tu falda con olores de infancia.

Y veo descansar tus pechos desprendidos  
bajo el vestido negro de lunares blancos.<sup>5</sup>

[Aplausos]

“Las sobras”..., es una de las cosas que me llevo de vuelta a Granada, que me tienen allí removida. Dice esta *Nana de las sobras* de Paca Aguirre, poeta viva, octogenaria ahora mismo, con una experiencia de la lengua bien distinta a la que a mí me interesa pero que creo que también hay que atender y escuchar. Esta *Nana de las sobras* dice así:

Vaya canción la de las sobras,  
eso sí que era una nana para dormir el hambre.  
Vaya canción aquella  
que cantaba mi abuela con aquella voz  
que era la voz de la misericordia  
disfrazada de voz angelical.

Porque la voz de mi abuela  
nos cantaba la canción de las sobras.

Y nosotros, que no conocíamos el pan,  
cantábamos con ella que  
las sobras de pan eran sagradas,  
las sobras de pan nunca se tiran.  
Siempre recordaré su hermosa voz  
cantando aquella nana

mientras el hambre nos dormía.<sup>6</sup>  
[Aplausos]

Este otro poema se llama *Las lentejas* y es de María Beneyto, amiga de Ángela Figuera, hermana del alma de Gloria Fuertes, de María Elvira Lacaci, de Aurora de Albornoz, de la posiblemente mejor generación poética del pasado siglo. Es la generación del 50.

Las lentejas  
Las guisabas con mimo, las amabas,  
porque tenían que ponernos fuerza  
en la sangre. Su hierro lo querías  
para así apuntarnos y que entonces  
pudiéramos erguir algo de vida.

Hasta laurel llevabas, todo aroma,  
a la gran reunión, a la asamblea.  
El fuego, buen amigo de tus manos,  
obediente y pequeño, le embestía  
a tu otra amiga, su enemiga, el agua.

Era tu guerra chica interminable  
en el frente que urdías con el rito  
diario, de enfrentar dos elementos  
a combatir furiosos por nosotros.  
Era aquella tu España diminuta.

Las lentejas cocían tu esperanza,  
nuestro futuro tierno, nuestra historia.  
Erguían estatura al aire, daban  
voracidad de dientes, daban rabia  
de paladar y alegría de estar vivos.  
Lentejas con laurel y lo que hubiera.  
Crecíamos. El humo y el aroma  
venían de tus manos, hueso ahora,  
madres del hueso articulado mío.<sup>7</sup>  
[Aplausos]

Este es uno en el que yo siempre me he visto mucho, aunque no sé escribir así. Me hubiera gustado escribirlo. Es de Gloria Fuertes, se llama *Mi vecino* y dice:

El albañil llegó de su jornada  
con su jornal enclenque y con sus puntos.  
Bajaron a la tienda a por harina,  
hicieron unas gachas con tocino,  
pusieronlo a enfriar en la ventana,  
la cazuela se cayó al patio.

El obrero tosió:  
-Como Gloria se entere,  
esta noche cenamos Poesía.<sup>8</sup>  
[Risas y aplausos]

En las cocinas pensaba yo mucho. Siempre pasan cosas en las cocinas. Ayer me decía mi amiga Chela que las madres dan muchas más recetas que recetas de cocina. Esto pasa en la cocina con la madre.

Esta es una canción que he escuchado mucho de niña. Es una canción de boda sefardita que se canta solo entre mujeres cuando se están preparando las comidas, se están preparando los aperitivos para recibir a la familia del novio. Dice:

Estas mesas son del vino,  
viva la matrona con su marido  
quienes van alrededor  
Que vivan y logren de quienes son  
Estas mesas mesas son.

Nunca mos manque el pan ni el vino  
viva la patrona con su marido  
quienes van alrededor  
Que vivan y logren de quienes son  
Estas mesas mesas son.<sup>9</sup>  
[Aplausos]

Otra experiencia bien distinta de una poeta de aquí de Barcelona es la de Esther Zarraluki. Creo que escribe uno de los libros más interesantes de los años 80, llamado *Cobalto*. Este poema inédito que se llama *Alimento* dice así:

“A la hora del desayuno siempre voy al mismo bar.  
La mujer es aún joven. Lleva una melena corta que  
peina hacia atrás con el dorso de la mano ocupada.

A veces me quedo a comer. No se come bien. Los  
bocadillos tienen regusto a cebolla y hay en todo un  
exceso de sal. El aire parece salir de la sartén y por la  
tarde, en cualquier sitio, huelo el aceite en mi ropa.  
Pero sigo yendo.

La mujer tiene un hijo que va al instituto y que come  
allí cada día, con los codos apoyados en la barra y  
las piernas abrazando el taburete. Coloca frente a él  
humeantes platos que en nada se parecen a los que a  
mí me sirve. Humeantes y misteriosos platos que el  
muchacho devora mientras la mujer, que no abandona  
sus tareas, le echa ojeadas gozosas al pasar.

El otro día, cuando le sirvió el postre, tenía las manos  
rojas, rezumantes. Dejó el plato ante su hijo y apoyó  
los codos frente a él, con las manos en el aire. El líquido  
bajaba ya más allá de las muñecas, pero ella no se  
movía. Le miraba comer la granada en azúcar con una  
sonrisa en los labios. El muchacho comía en silencio.”  
[Aplausos]

¿Cómo vais? ¿Estáis muy cansadas? ¿No? ¿Ha funcionado?  
¿Sí?

Esta es para Milagros Rivera. Dice:

Sabiduría, sabiduría  
A veces, Marta,  
otra María.<sup>10</sup>

[*Risas y aplausos*]

Este poema de María Ángeles Pérez López, poeta salmantina, dice:

Un día se superpone a otro.  
Una tarea a otra.  
Un desayuno y su cuchara a otro.  
Forman como las capas del hojaldre  
o de la gelatina:  
no llegan a fundirse,  
no se amasan con el sudor del tiempo,  
no crecen como el pan repleto de las horas  
empeñadas en lograr su perfección esférica  
y crujiente.  
En la cocina, mientras huelo  
el perejil anónimo, la sal,  
o la leche que hierve  
-y que también suspira levemente-,  
imagino que todo encuentra su sabor,  
la dimensión exacta del gusto requerido,  
ese espacio para el pleno desarrollo  
de las papilas gustativas  
y su redundancia,  
de modo que no sean tan iguales  
un desayuno y otro,  
como no lo son  
una cuchara y su gemela,  
recuperadas en su perfil,  
en la mella individual  
e intransferible  
del golpe contra la taza o el destino,  
de la caída vertical hacia la ausencia.<sup>11</sup>

A ver este. Se llama *Ternera acosada por tábanos*. Es un poema de Blanca Varela. Dice:

Podría describirla  
¿tenía nariz ojos boca oídos?

¿tenía pies cabeza?  
¿tenía extremidades?  
solo recuerdo al animal más tierno  
llevando a cuestas  
como otra piel  
aquel halo de sucia luz  
voraces aladas  
sedientas bestezuelas  
infamantes ángeles zumbadores  
la perseguían  
era la tierra ajena y la carne de nadie  
tras la legaña  
me deslumbró el milagro mortecino  
la víspera el instinto la mirada  
el sol nonato  
¿era una niña un animal una idea?  
ah señor  
qué horrible dolor en los ojos  
qué agua amarga en la boca  
de aquel intolerable mediodía  
en que más rápida más lenta  
más antigua y oscura que la muerte  
a mi lado  
coronada de moscas  
pasó la vida.<sup>12</sup>  
[Aplausos]

Es una joya ese poema ¿no? Tal como yo lo siento también tiene mucho que ver con saberes que no se aprenden, que en mi familia se han quedado en ciertas capas, en ciertas generaciones. Está el arte y la experiencia de saber matar animales y matarlos bien para cocinarlos. En mi tierra todavía las carnes se cuelgan al aire libre y están llenas de tábanos e igualmente se compran. Ese es un poema que me hace recordarlo.

Este otro es un poema largo de Angelina Gatell, poeta del 50 también y hermana de las que os he citado antes, de Ángela Figuera Aymerich, de Gloria Fuertes, María Elvira

Lacaci y de todo este grupo tan excepcional, tan brillante.  
Dice Angelina Gatell:

Hoy hace día de comer lentejas.  
No sé si es por la lluvia  
o por la soledad. O quizá por eso  
que llamamos memoria,  
viejo palacio en ruinas que aún me salva  
de la nada absoluta  
cuando más gris se pone la mañana,  
más culpable el olvido,  
y me siento tan lejos de mí misma  
que es inútil llamarme.  
Cuando esto me sucede las lentejas  
acuden de puntillas,  
brincan entre mis manos, las recorren  
con pies iluminados,  
sortean accidentes, erosiones  
y derrotas guardadas  
en estas gotas de ámbar que atestiguan  
las injurias del tiempo.

Vienen y se deslizan leves, mágicas,  
ungiéndome los dedos  
por donde van pasando una tras otra,  
mínimas perlas, nácares  
de oscuridad. He de librarlas -pienso-,  
de cualquier cuerpo espurio que enturbie su nobleza  
y la degrade.  
Su tacto me devuelve  
la calidez donde encontré asistencia  
mi adolescencia rota  
cuando los días eran furia sólo,  
obscenos ademanes  
glorificando el rito de la sangre.  
Puntuales y metódicas,  
venían diariamente a defenderme  
del hambre y la aspereza  
de aquel pan amarillo que aún parece

arañarme los labios.  
Años 40. No hubo  
ninguna luz entre la pétrea niebla,  
tan sólo la esperanza  
de que el amor vendría a protegerme  
igual que las lentejas,  
para poder vivir a su resguardo  
frente al muro impasible  
alzado brutalmente contra el día.

No sé de qué manera  
-si venidos a bordo de una fábula  
o del ciego arrebato  
con el que el mar, súbitamente invade  
playas que ya no existen-,  
llegan rostros velados, imprecisos...

Y a la luz de un segundo,  
rescatado del tiempo y de las uñas  
de lo ya acontecido,  
las arañas que viven en mis ojos  
se distraen un momento  
y, mientras voy limpiando las lentejas,  
veo a los que me amaron.<sup>13</sup>  
[Aplausos y largo silencio]

Dice este poema:

Por las mañanas marchó a cazar el bisonte,  
me cubro con la piel primera de mi mundo,  
las flechas son del hombre que acompaña  
su sueño y lo acompasa con el mío,  
él marcha por su lado y su vereda  
para escribir su parte de la historia.  
En la mía estoy sola como siempre,  
oliendo el miedo atroz y ese reguero  
de huellas que conducen al combate.  
Esas otras mujeres no cazaban  
-las que miran desde antes y sonrían-,

alentaban el fuego y su videncia  
ocultas en la sombra de su vientre,  
maternas y cubiertas de maíz.  
Pero ahora los tiempos son distintos,  
la tribu no conoce la memoria,  
he aprendido las marcas del venablo  
y entonces hago mío el sufrimiento  
de atrapar, de arrojar al animal  
hasta su muerte escrita desde siempre  
y llevarlo arrastrando, desollada,  
también yo desteñida de su sangre.  
Cuando vuelvo a la tarde me siento a llorar  
porque advertí que el miedo es infinito,  
y traigo roturadas sobre el rostro  
las mías, las heridas de la lucha.  
Soy responsable entonces de un pedazo  
inmenso del dolor de la contienda,  
de que cumplan su plazo algunas leyes  
como la universal ferocidad,  
de un trozo de la carne y de la lágrima  
con que el bisonte sirve mi sustento.<sup>14</sup>  
[Aplausos]

¿Qué tal? Este poema es de M.<sup>a</sup> Ángeles Pérez López,  
una poeta de la generación de los 80. El poema no tiene  
título, el título es el primer verso que dice: “Por la mañana  
marcho a cazar el bisonte”. [Continúa con otro poema.]

Obediencia  
Sé cantar, sé contar,  
sé rezar en voz baja.  
Sé buscar las raíces,  
recordar el origen.  
Sé limpiarme la herida.

Sé recoger lentejas,  
Sé recoger cebada,  
y aventar en la era  
Y con dulce misterio

cadencia con silencio  
puedo sacar el agua  
dulce y tibia de este pozo  
cargarla a mis espaldas  
verterla en las tinajas  
sin derramar ni gota.

Pero nadar aquí no sé,  
no quiero.<sup>15</sup>

[*Aplausos. Pide agua a Elisa Varela y bebe.*]

Este es un falso trabalenguas que dice:

¿Quién me cava un agujero en la Cava del pensar  
do soCavo con Cuidado  
con mi hueso OCCipital  
para salir de la Cueva del pensar  
oCCidental?

¿Macro Micro patriarcal? - ¿Poshumano capital? -  
¿Blanco y heterosexual?

¡Ya!

Repítase nueve veces seguidas de tijereta.<sup>16</sup>

Se puede repetir. Estos vienen por ahí. Este viene de un enfado, de una discusión, de estas peleas que son tan políticas y tan importantes -pero con las que a veces te echan hasta de las casas- por esta cosa de los hablares de ahora y de lo mal que se habla ahora. Se habla mal con estas palabrotas que si “macro”, que si “micro”, que si no sé qué... Yo hago el testaje con mi vecina Madalena que es una mujer listísima, iletrada, y cuando ella me dice: “eso no se entiende”, yo digo, “esto no vale” ¿“micropatriarcal”?; ¡qué están diciendo! Pues este trabalenguas viene de una pelea:  
[*Lo repite. Las mujeres aplauden. Se dirige a un lado de la sala y pregunta si lo quieren repetir y una responde que no.*]

Es difícil hacer trabalenguas en verdad. Habría que ponerse a practicar mucho. Quiero cantaros un soneto que he recuperado. He estado todo este mes viajando por las Alpujarras, por los pueblos, con unos programas que llevo para la Diputación de Granada, con la que hemos recuperado algunas de las actividades de las Misiones Pedagógicas. Es un programa muy bello, se llama *María Moliner*, le he puesto este nombre. Por las mañanas he estado yendo a institutos y por la tarde a las escuelas de adultas, de mujeres adultas. Y de los institutos me ha venido parte de mi historia adolescente. Yo que fui tan mala estudiante. Y he recuperado un soneto que ha gustado mucho a las niñas y a los niños de los institutos. Y digo: “¡lo voy a cantar!”. Se llama *Soneto de otoño*:

Ahora que es el tiempo de las lluvias  
y apetece tomar caldo caliente,  
que mejor que sentar a buena gente  
en casa alrededor de unas alubias.

Y cuando digo alubias, digo callos,  
como digo garbanzos o lentejas.  
Si estamos con amigas o en pareja  
hasta casi da igual que sepa a rayos.

Conviene acompañar nuestro potaje  
de un rico pacharán que nos relaje.  
Con amigas seremos muy felices,

en pareja, quitándonos la ropa,  
tomaremos un postre de perdices.

[*Aplausos. Una mujer del público dice: “¡Bendito suspenso!”*]

¡Bendito suspenso!, sí, yo también lo creo ahora. Es que yo en la clase de matemáticas me ponía a hacer sonetos, como lo más parecido a entender eso. Así se me pasaba la hora muy rápida.

Me decían también esta mañana algunas alumnas -estoy muy agradecida, muy contenta, de estar aquí con vosotras, de

veros las caras y de poder compartir- la sorpresa que había sido para ellas el encontrar tanta política en la poesía del siglo XX. Como si esto hubiese sido algo inesperado. Yo creo que esto está en la poesía misma. No es casualidad que María Zambrano se encargue también de recordarlo, de recordar la importancia de la poesía y de cómo esta fue expulsada de la formación del conocimiento. Desde ahí, con esta selección que he traído me gustaría invitar y abrir al diálogo. No sé si os habéis quedado con sed de más. ¿Queréis más poesía? ¿Sí? Quizá luego nos cansamos y no sé si es ya el momento de hacer el debate. No sé cuánto tiempo llevo.

Eso es como una coplilla que decía doña Isabel Escudero:

Acérquense a beber  
esta fuente no es de agua  
es de sed.<sup>17</sup>

Con la poesía pasa esto, que como tiene tanto de la madre y tiene tanto de lo que es nuestro, que son las palabras y la belleza de las palabras, cuando una empieza a escuchar poesía... A mí es de las cosas que más me gusta, que me canten poesía y cantarla, porque tiene mucho de la madre, de esa experiencia que es tan nuestra, tan femenina.

*[Las siguientes son coplillas que Nieves me ha dicho que escuchó inspiradas al hilo de lo que leía. No siente que sean suyas. También el poema llamado Obediencia que improvisó totalmente.]*

Pelando habitas, pelando habitas.  
La niña contando el tiempo,  
pelando habitas.  
Ay, de mi ollita quemada  
mira, ¡qué pena!  
Se me pegó en la olla  
la vida entera.

Con salivita, ay, con salivita,  
cura la madre, sana la niña.

Receticas de amor,  
ay, dame madre.  
Y del amor, la cura.

### **Canción de hermana**

Recogiendo amapolas,  
hermana, me perdí.  
Qué caras las amapolas  
han sido para mí.

El puchero en la lumbre,  
olla de hinojos.  
Se me fue el santo al cielo,  
¡vaya destrozo!

Pasa con las artes de hacer coplillas, que es como tejer, como tejer con lanas y con hilos, se van tejiendo palabras y entonces las coplillas salen. Yo os invitaría a todas a que os dejéis llevar. Si alguna os ha quedado resonando, seguro que estos días van a venir a vosotras las palabras. Dan ganas de escribir porque esta facilidad a todas nos viene de la madre. Sólo hay que escucharla un poco y conectar con ella, porque está todo escrito en el aire, solo hay que poner el oído y escuchar lo que viene.

No sé si me va a salir. Ahí están las gracias del pensamiento, lo que busco no lo encuentro. A veces quieres coger poemas que no vienen... Pues no va a venir. A ver si dentro de un rato. Ahora quiero cantaros un poema de Juana Castro, que aunque no hable de forma explícita...

Me costó trabajo hacer la selección porque en verdad toda la poesía está hablando todo el rato de la madre. En mi experiencia casi toda la poesía está hablando de la madre. Traté de traer textos que trajeran de forma explícita la

alimentación, el cuidado, la nutrición, pero son tantísimos los poemas que hablan de la relación madre/hija o de la relación de las hijas con las madres desde sitios que son nuevos y desde lugares que tienen mucho que ver con esta casa materna, con esta cocina. A ver si me viniera uno de Juana. Mientras a mí me vienen los poemas vosotras podéis participar o pensar algo. Si os ha venido algún trabalenguas o alguna coplilla que conozcáis o alguna adivinanza, pues también está bien traerla. Recuperarlo de alguna manera.

En los pueblos todavía se deja sentir, pero es verdad que son saberes que estamos perdiendo. También la capacidad de escuchar. Me doy cuenta de que a ciertas generaciones les cuesta más escuchar. Y otras generaciones, como las abuelas mayores con las que yo estudio y aprendo, tienen una capacidad de escucha infinita. No se pierden en los poemas, no se pierden en nada. Te siguen el hilo. En cambio la gente más joven como que no se entera, le tienes que cantar el poema dos veces. Hemos perdido esa capacidad de escucha que tiene también mucho que ver con la madre, con la palabra y con la presencia en las casas.

*[En este punto interviene Gloria Luis diciendo que le ha dado vergüenza pedirlo, pero que querría que leyera otra vez los primeros poemas, los de las hierbas, porque le han emocionado mucho. Nieves pregunta si quieren que los vuelva a leer y Gloria pide, si le parece, que al menos lea los tres primeros.]*

Se hace la oreja dura. En la Andalucía que yo conozco y en el otro lado donde yo me he criado hay mucha capacidad de escuchar, son muchas horas escuchando cuentos, canciones... Y son las mujeres las que cantan. Estos se mantienen todavía. Yo le decía antes, le explicaba a Susanna -que creo que me ha preguntado- o a Mercè que yo me he criado en un mundo un poco antiguo. Aunque no sea tan mayor me he criado en un mundo antiguo, porque el desarrollo capitalista está

como a medias todavía en el norte de África. Me he criado en un mundo que está en extinción y que tiene mucho de madre, de materno todavía. Un mundo materno al que le debo mucho porque sino no podría tener esta relación con las palabras.

Este que me gusta mucho dice:

Cuando paso por tu casa  
parto pan y voy comiendo,  
pa que no diga tu madre  
que con verte me mantengo.

[Risas]

Dice este otro:

Un limón tiré a lo alto  
y en tu puerta se cayó  
hasta los limones saben  
que nos queremos los dos.

A la mar fui por naranjas  
cosa que la mar no tiene  
y se me llenó la falda  
de olitas que van y vienen.

[Aplausos]

¡Qué bonita esta! ¿eh? Son esas perlas que dices... “¡a quién se le ha ocurrido esto!”:

Sentaíta en la escalera  
esperando el porvenir  
y el porvenir que no llega.

[Risas]

Tenemos nota de esto de finales del XIX. Y se le escuchó a una mujer. Por lo menos Demófilo y, luego, don Antonio Machado lo anotan así. Una tal Mariquilla cantaba esto.

[*Repite la coplilla. Una mujer del público canta la canción “A la mar fui por naranjas”. Se aplaude y Nieves emocionada va exclamando “¡Ay, qué bonito, qué bonito!”*]

Una cosa que también es preciosa y misteriosa es ver cómo cada cantadora y cada mujer que canta una copla, una adivinanza, la hace suya y hace su propia versión, la pasa por su experiencia. Yo he llegado a recoger de esta coplilla que voy a cantaros setenta variantes en la provincia de Granada. La coplilla dice así:

Condiciones de luna  
tiene mi amante  
ahora naciente  
ahora menguante  
y cuando es llena  
yo no sé qué me pasa  
que me da pena.

Esta coplilla tiene como setenta variantes distintas nomás que en la provincia de Granada y se canta también en Sevilla, se canta en Cádiz, se canta en Jaén. Cada una que canta una poesía, un poema termina pasándola por su experiencia, cambiándole alguna cosa, va ajustándola a su historia. Estas versiones que tú has cantado yo no las conocía, son preciosas, son muy bonitas.

[*Por la mala calidad del audio es imposible reproducir las palabras de la mujer del público que ha cantado. Otra mujer que tampoco no se identifica felicita a Nieves porque le ha gustado mucho su actuación y trae dos recetas, una de cocina y la otra de amor. Se trata de dos poemas. Recita el poema de amor del que tiene fotografiado en el móvil la parte en catalán. Dice que al final lo puede traducir. Al final hay aplausos. Se hace un silencio y Nieves vuelve a tomar la palabra.*]

¿Quieres tu poema de hierbas Gloria? ¿Estáis muy cansadas ya? Cerramos con este de las hierbas y si queréis

abrimos paso a lo que os venga, a lo que haya en las cabezas y en los corazones.

[Ana, una mujer a la que Nieves le pregunta el nombre, le pide que repita la adivinanza de la luna y lo hace. A continuación retoma la poesía de las hierbas.]

Este es de Alfonso de la Torre que me gusta muchísimo. El de Clara Janés es otra cosa, es ese que acababa con la cicuta en el que ella está tan fina. Este tiene mucho de común. Aunque Isabel Escudero no lo expresara con nuestra lengua, con la lengua de la diferencia, tuve la suerte de hablar mucho con esta mujer y con esta filósofa de la experiencia que también era ella y ella tenía muy claro que la poesía o era común o no era y que la poesía tiene que venir de lo profundo. A lo común ella no lo llamaba madre en sus textos y en sus escritos pero sabía que era eso, lo sabía en experiencia. Creo que la poesía del siglo XX ha tenido esa pérdida de simbólico -estas son palabras que Milagros me enseñó-, hay una pérdida de simbólico en la poesía del siglo XX porque nos perdemos un poco en el yo -decía mucho Isabel Escudero-, tanto yo, tanto yo, al final la poesía buena, la buena, la materna, es la que vence al tiempo. Ya quisiera yo que un poema mío lo cantara alguien dentro de quinientos años, como esto del “Sentaíta en la escalera/ esperando el porvenir/ y el porvenir que no llega”. Eso ¿qué tiempo tiene? Es que ni se sabe ¿o las *Condiciones de luna*? Y la gente lo sigue cantando.

La poesía que a mí me interesa rescatar y traer y cantar tiene más de esa búsqueda de lo materno, de esa búsqueda de la gracia de la lengua, de las gracias del pensamiento y del pensar femenino, que es mucho más sutil, mucho más libre, misterioso, como le pasa a este poema lleno de música, también. Por eso es fácil de memorizar. La buena poesía tiene música y por eso es fácil de cantar y de memorizar. El poema se llama *Cancioncilla de la maestra herbera*.

[Nieves lee de nuevo el poema de Alfonsa de la Torre. Al terminarlo otra mujer del público le pide que repita la coplilla que empieza con el verso Condiciones de luna, lo hace y se cierra el acto.]

Gracias a todas.

**notas:**

- <sup>1</sup> Rosa Díaz, “El caldero de la bruja Birgit” (1952), en Noni Benegas y Jesús Munarriz (comps.), *Ellas tienen la palabra. Dos décadas de poesía española*, Madrid: Hiperión, 1998.
- <sup>2</sup> Clara Janés, *Movimientos insomnes. Antología poética 1964-2014*, Madrid: Galaxia Gutenberg, 2016.
- <sup>3</sup> Alfonsa de la Torre, *Plazuela de las obediencias* (1969), Madrid: Torremozas, 2011.
- <sup>4</sup> En Noni Benegas y Jesús Munarriz (comps.), *Ellas tienen la palabra...*, cit.
- <sup>5</sup> Elsa López, “Me rebujo en tu falda. Tu falda, abuela”, en *A mar abierto. Poesía 1973-2003*, Madrid: Hiperión, 2006.
- <sup>6</sup> Francisca Aguirre, *Nanas para dormir desperdicios*, Madrid: Hiperión, 2007.
- <sup>7</sup> “De biografía breve del silencio” (1975) en María Beneyto, *Eva en el laberinto. Antología poética*, Valencia: Institució Alfons el Magnànim, 2006, p. 65.
- <sup>8</sup> Gloria Fuertes, *El libro de Gloria Fuertes. Antología de poemas y vida*, ed. Jorge Cascante, Madrid: Blackie books, 2017.
- <sup>9</sup> Margit Frenk Alatorre, *Lírica española de tipo popular. Edad Media y Renacimiento*, Madrid: Cátedra, 2004.
- <sup>10</sup> Isabel Escudero, *Cifra y aroma: el día menos pensado: cantares, hai-ku y mínimas, bromas, proverbios, juegos*, Madrid: Hiperión, 2002.
- <sup>11</sup> M.<sup>a</sup> Ángeles Pérez López, *La sola materia*, Salamanca: Aguaclara, 2015.
- <sup>12</sup> Blanca Varela (1926 -2009), “De Ejercicios materiales” (1993) en *Poesía reunida 1949-2000*, Lima: Librería Sur, 2016.
- <sup>13</sup> Angelina Gatell, *En soledad, con ella*, Madrid: Bartleby, 2015.
- <sup>14</sup> M.<sup>a</sup> Ángeles Pérez López, *Carnalidad del frío*, Badajoz: Algaida, 2000.
- <sup>15</sup> Versión de un poema propio. La versión original en Nieves Muriel, *Carta de la sirena*, Sevilla: Renacimiento, 2016.
- <sup>16</sup> Trabalenguas inédito de Nieves Muriel García.
- <sup>17</sup> Isabel Escudero, *Cifra y aroma...*, cit.